

Dr. Vicente Pazos González
Capellán Mayor de la Universidad de Piura

JUGLAR DE DIOS

Un breve recuerdo de
Monseñor Ignacio María de Orbegozo

DATOS DEL AUTOR:

Nació en Zaragoza, España el 19 de setiembre de 1931. Es abogado, Doctor en Derecho Canónico y sacerdote desde 1955. El Padre Vicente Pazos González, fue Vicario Regional del Opus Dei en el Perú. Desde 1994 se desempeña como Capellán Mayor de la Universidad de Piura.

JUGLAR DE DIOS

Un breve recuerdo de Mons. Ignacio María de Orbegozo

Es muy grato y muy fácil recordar la persona, tan querida de Mons. Ignacio María de Orbegozo. Su recuerdo es frecuente en el rincón de nuestra intimidad. Y ahí nos surge una oración íntima en sufragio suyo que pasa por encima del convencimiento que tenemos de su felicidad en el cielo, donde el Señor le paga por tanto como hizo en esta tierra.

Puedo afirmar que Monseñor Orbegozo, habiendo tenido una vida muy feliz, de hecho, cumplió la voluntad de Dios, a contrapelo. Dios le pidió una entrega, total, como sólo él sabe hacerlo, pero de manera peculiar. Y supo dejar lo que a él le atraía más, y subir la cuesta del deber, no en un día ni en dos, sino a lo largo de toda su vocación. Y me parece que no se puede decir nada más grande de ningún alma, que lo que manifiesto en estos momentos.

Haciendo memoria, puedo recordar que a su hermana Rosario le confiaba en carta del 2 de abril de 1958 lo siguiente: *“Dios me ha dado y me da siempre gracias muy grandes. Esto me da alegría y miedo”*.

San Josemaría fue el instrumento que Dios utilizó para formarlo y sostenerlo. Le debía su vocación y su perseverancia. De los dos se podrían contar en torno a ello anécdotas llenas de heroísmo. San Josemaría le trató como tratan los buenos padres a sus hijos: de manera indistinta y desigual a cada hijo, apelando a su corazón y con mucha dureza. Fue correspondido con un cariño inmenso y una inteligente respuesta a sus consejos. Un día le confiaba a Mons. Orbegozo en Roma el cariño que debía poner con sus sacerdotes, como lo cuenta él en una carta, pues le decía "que me tenía una inmensa envidia; porque puedes estar a su lado y quererlos ayudarlos, preocuparte de sus cosas, verlos, gozar con su alegría y padecer sus preocupaciones... *¡Qué envidia te tengo hijo mío! Nunca me agradecerás bastante el que quisiera entregarte este tesoro... ¡Como no me lo guardes bien, te mato!*

Recuerdo los años de verdadero calvario para San Josemaría por lo sufrimientos que padecía la Iglesia. También entonces supo

ser juglar aliviándole algo las penas, haciéndole reír tanto que le hacía llorar y apenas le quedaba energías para pedirle que se callase.

Pienso que es la persona que más ha hecho reír a San Josemaría.

De manera especial, no olvido sus frecuentes consejos. Ahora recuerdo sólo uno, en una carta desde París el 30 de enero de 1958. *"... entre enfermedades y labor inaplazable, resulta casi imposible llenar una cuartilla"*, le dice. *"Estoy especialmente pendiente de vosotros: os encomiendo, os hago encomendar, os acompaño y me pongo orgulloso de vosotros"* estoy seguro de que superaremos todas las metas". *"Sed hombres de oración, cumplidme las normas. Estad siempre alegres y optimistas. Comed, dormid, atendeos unos a otros, obedeciendo con espíritu sobrenatural a vuestro Prelado. Sed sinceros, vivid la práctica de la corrección fraterna. Y no olvidéis que este pobre pecador, que es vuestro Padre, os presenta cada día al Señor y a nuestra Madre Santísima Santa María como las primicias del trabajo misional, que ahora se continuará en Nairobi y en Osaka. ¡Un mar de amor sin orillas!"*

Monseñor, tenía un gran corazón, lleno de ternura para todos, pero frecuentemente mal presentado, mal "envuelto". El observador, a veces, podía quedarse con una impresión de dureza y sin embargo no es lo que había ahí, pues ciertamente era muy duro pero consigo mismo. Más aún: la ilusión de toda su vida fue alegrar la de los demás, siendo un payaso para todos.

Quizá el local del Obispado de Chiclayo continúe todavía presentando bastantes pinturas de payasos. Se le metió en el alma de pequeño, cuando su padre le organizó un cumpleaños con payasos: se quedó "bizco" viendo al payaso sacando de un cofre unas narices, sombrero, etc. Tenía el alma de juglar, quería hacer la vida grata a los demás, él que la tenía muy dura.

Recuerdo su trabajo en Sevilla y Madrid, con viajes apostólicos a África, durmiendo poco. Justamente en África, en Tánger, entabló una profunda amistad con un hebreo lleno de prevenciones hacia la Iglesia Católica. Pero fue quien más le ayudó económicamente a sacar adelante la Prelatura de Yauyos. Y recuerdo sus correrías por las Sierras de Yauyos, con su geografía difícilísima:

¡cuántos ríos pasados en carro con el agua al cuello! -hay fotografías-, ¡cuántos caminos peligrosos a caballo!, llegando en alguna ocasión a retirarse el guía autóctono ante el enorme peligro del paso.

En una ocasión pasó el río Cañete con facilidad. El regreso, él mismo lo contaba en una carta del 27 de mayo de 1962, *“Ay la vanidad! Anteayer, terminadas las cosas en Lima regresé con la decisión de volver a pasar el río. Me metí en el agua; todo muy bien hasta la mitad allí me agarró una correntada, me llevó para abajo y se metió un punto donde, dentro del carrito, el agua me llegaba hasta el pecho; se llenó de agua el carter, flotaban los asientos, se descargó la batería y me quedé allí. A punta de sogas conseguí amarrar el carro y desde la orilla, entre muchos, jalando me sacaron de allí. Esto después de más de dos horas de remojo. .../ ... Pero pasado mañana volveré a bajar y volveré a pasar con la ayuda del Santo Ángel...”*

A un familiar suyo escribía el 17 de diciembre de 1958. *“Per aspera ad astra ” es el lema del escudo de la Prelatura: el “aspera” lo vivimos siempre y las estrellas las alcanzaremos algún día con la gracia de nuestro Padre Dios; mientras tanto, pasamos tan cerquita, que aunque no la alcanzamos vivimos felices y no pesa la aspereza del camino y de nuestra vida entre estas pobres almas”.*

Su propósito era -pensando en sus sacerdotes- ir por delante en todo. A Chiclayo llegó en una ocasión pasando con el carro una enorme laguna que casi no se veía la orilla opuesta- que se había formado en la carretera en tiempos del fenómeno El Niño, guiándose, con la puerta abierta, por lo que el pie tocaba. Al llegar no se pudo poner el zapato en muchas horas hasta que cedió la inflamación. Cuando estaba enfermo era imposible retenerlo en la casa o en la cama. ¡Cuántos viajes Lima-Chiclayo con fiebre alta! Y, en fin, tanto que se podría recordar: *era duro consigo mismo.*

En los últimos años de su vida le confió a Mons. Alvaro del Portillo que había mejorado mucho. Y le explicó que había estado en Bilbao contando aventuras de su vida, a universitarios, y que al marcharse escuchó a un muchacho joven que comentaba, quizá algo defraudado: *¡pues a mí no me ha parecido tan bestia!*

Era un volcán: por su generosidad, por su carácter, y por su empuje. Él supo poner esa peculiaridad suya al servicio de lo que

Dios quisiera. Y muchas cosas no se hubieran hecho si no hubiera sido con ese empuje y ese ejemplo. Realizaba mas "cabalgadas de ocho o diez horas, con un sol fantástico unas veces y otras con unas nevadas imponentes, lluvias, granizo, rayos y lo que quieras", escribía en los comienzos de esa labor.

A su hermana Rosario en carta de 2 de abril de 1958 le habla de los primeros seis meses de labor en Yauyos: "*En estos meses de trabajo hemos hecho unos seis mil bautizos, entre otras cosas*". Y alaba a sus sacerdotes: "*¡Verdad que es para quererlos a rabiar!*" *Son la admiración de estas pobres gentes: no piden nada, se contentan con todo, lo que comen ellos...? duermen en un rincón o en el camino, no tienen medida en nada que sea servir, atenderlos, quererlos*". El ejemplo realmente funcionaba.

Pensando en todo el Perú son también muy grandes los motivos de gratitud que el país tiene hacia Mons. Ignacio María de Orbegozo. No sé las razones (¿la familia?) pero desde siempre, el Perú ha tenido pocos sacerdotes nativos. Cuando se escriba la historia eclesiástica de estos últimos decenios, Mons. Ignacio María de Orbegozo ocupará en ella un papel muy de primer plano.

Cuando venía al Perú a hacerse cargo de la Prelatura de Yauyos y Huarochirí, el avión que lo traía hizo escala en Río de Janeiro. Los viajeros pasaron a una sala de espera, como es habitual. Ahí se encontró con un buen amigo diplomático que ejercía su trabajo en la ciudad. En pocos minutos le convenció, (ital para cuál!), de abandonar el vuelo y quedarse con él dos días en Río para conversar muchas cosas. Resolvieron rápidamente todo lo relativo a la visa de entrada y la entrega de la maleta que venía en el avión. Cuando salían del aeropuerto para ir a la casa vieron despegar el avión que había abandonado, luego lo vieron caer intempestivamente a la bahía, muriendo todos los pasajeros. Don Ignacio sabía muy bien que era instrumento de Dios y que le esperaba una tarea muy especial.

Comenzó su duro trabajo en la Prelatura de Yauyos con un pequeño grupo de sacerdotes y una carencia total de medios. Acogió los consejos de San Josemaría que le hablaba en sus cartas de labor con acólitos, de un seminario menor y de sus sueños de uno mayor.

Venciendo muchas dificultades, desde luego con mucha vida interior y esfuerzo, todo se hizo realidad. Y fueron viniendo los nuevos sacerdotes, nativos, y madurando el seminario con los doctorados de algunos de ellos, obtenidos en Europa con las mejores calificaciones. Ahora estos nuevos sacerdotes se cuentan por docenas y pueden ayudar a otras Diócesis, incluso de otros países.

En los planes de Dios había mucho más. Ese trabajo vocacional realizado con su Vicario General, se extendería a otras diócesis: Mons. Orbeago fue nombrado Obispo de Chiclayo y su Vicario General, Mons. Pélach, Obispo de Abancay. Los dos continuaron la experiencia del Seminario. Pasaron los años y a las vocaciones sacerdotales de Yauyos se añadieron las de Chiclayo (ahí ordenó 60 sacerdotes para Chiclayo y la Prelatura de Chota-Cutervo) y las de Abancay. Y desde Abancay fueron saliendo también para Chuquibambilla, Cuzco, Ayacucho y Huancavelica.

Se puede decir que de todo esfuerzo vocacional, llevado a cabo con la generosidad de otros sacerdotes y Prelados que quizá sea injusto silenciar, han salido algunos centenares de presbíteros, que realizan su labor, generalmente en los sitios más difíciles y necesitados. Y sobre todo, y como fruto de todo esfuerzo, se puede hablar de cinco o seis nuevos Seminarios, que hacen pensar en un nuevo futuro eclesial de alcances insospechados.

Al poco de llegar al Perú, el Presidente Prado le concedió la Orden del Sol. Como bromeando puedo decir, que se la dieron, como me consta, porque eran amigos. Pero ahora sí que se la merece: son incalculables los alcances de su labor para el país, por el fruto ya producido y por todo lo que cabe esperar. Buen premio habrá recibido en el cielo.

En su labor como Pastor le tocó vivir unos años especialmente duros en los que pululaban muchos y graves errores doctrinales con la consecuencia que a la vista están. Unos años en los que S. S. Pablo VI de forma insistente, dijo que el humo de Satanás se colaba por entre las rendijas de la Iglesia. Era necesario ser fieles y oponerse al error. Respondió fielmente a la exhortación S. Pablo a Timoteo: *“predica la palabra, insiste con ocasión y sin ella, reprende, reprocha y exhorta con toda paciencia y doctrina”*.

Lo hemos visto en el tramo final de su vida con la mayor ilusión por los nuevos sacerdotes. ¡Cómo quiso a sus sacerdotes!: los defendió con toda su fuerza. E incluso recuerdo que en una ocasión fue, bien armado con 14 guardias civiles un cabo y el capitán de la zona, a un pequeño pueblo de Yauyos donde unos sacerdotes estaban en peligro. Se puede decir que, al final de su vida, se le caía la baba por ellos aunque no quería dar la impresión de ser algo melifluo, ni nada parecido.

Ilusión por los nuevos sacerdotes, por el Santuario a la Virgen y por la universidad de la Diócesis. Con esas intenciones en su oración en sus sacrificios y en su corazón dio los últimos pasos de su vida. ¡Buena herencia ha dejado! Lo último lo terminó desde el cielo. No era una personalidad para pasar al retiro, como ya le tocaba. En vez de hacerlo cuando llegó la fecha se retiró al cielo.

El motor de toda su vitalidad espiritual fue siempre su piedad y su docilidad a los medios de formación. Diariamente realizaba largos ratos de oración, diversas prácticas de vida cristiana y buscaba la práctica de los sacramentos. Muchas veces, como en sus años de Yauyos, en circunstancias a veces muy difíciles. Sabía que la fuerza estaba en el Sagrario, que el Señor hace las cosas desde allí: junto al Sagrario de su casa en Yauyos era frecuente encontrar cartas, facturas, etc. Sabía que hay que acercar las necesidades al Sagrario.

He sido testigo, muchas veces, de su ilusión, como de niño pequeño, por no faltar a un medio de formación ni llegar tarde. Y muchas veces me lo recordó a mí.

Siempre le vi cuidar una filial piedad mariana, que le hacía caminar de la mano de la Virgen. Guardaba siempre en su bolsillo un medallón grande con la efigie de la Virgen. Nunca lo abandonó, realizaba la actividad que fuera. Lamentablemente la hora llegó, y en un mes de Mayo, su Madre la Virgen lo tomó de la mano y se llevó al cielo.